

Omote y Ura



Kenshinkan dôjô

En Badajoz, las noches de invierno suelen venir acompañadas de nieblas. Había cerrado el dôjô pasadas las once, hacía frío y llovía. Nada, mientras caminaba hacia mi casa, me podía detener. Mi determinación era clara: necesitaba el calor del hogar. Cruzaba calles mojadas, el viento arreciaba y con él la soledad de quien se siente pasajero fugaz, viajero errante, alguien de paso en un lugar indeterminado. Mientras debatía con mi estado de ánimo observé en una pequeña vivienda una luz tenue, pero, no obstante, suficiente para iluminar con calidez el interior. Pensé de inmediato que aquella interioridad, aquel recogimiento, aquella intimidad equivalían a ese concepto tan barajado en Budô, y en especial en Aikidô, que es Ura: lo que no es para todos, eso que pertenece a la familia, algo intransferible, un coto vedado, lo personal. Volví a mis pensamientos, crucé fachadas oscuras, avenidas vacías y calles desiertas, dándome cuenta de que estaba caminando sobre el estado antagonista de Ura, que no es otro que Omote: el superficial, el externo, el mundano, el visualizado, el impersonal. Omote es la forma, Ura el Fondo de la misma; Omote es el Kata, Ura su bunkai; Omote utiliza palabras precisas, medidas, científicas; Ura lo hace con conceptos crípticos, esotéricos; Omote es el comienzo, Ura su trascendencia. Aunque arduo, carente de afecto y frío, es necesario transitar el camino de Omote, para llegar finalmente a ese cálido hogar, que es Ura.

Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô